

JUAN VICENTE BOO

Descifrando el Vaticano

Desde dentro y desde fuera



JUAN VICENTE BOO

DESCIFRANDO EL VATICANO
Desde dentro y desde fuera



© Juan Vicente Boo, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Mapa y gráfico de interior: © Jesús Sanz (jesussanz.com)

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 457-2021
ISBN: 978-84-670-5987-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	15
Aprender a escuchar, aprender a ver	16
Cinco textos de referencia	20
Mapa de la ciudad del Vaticano	24

PRIMERA PARTE ¿QUÉ ES EL VATICANO?

1. NO ES FÁCIL ACLARARSE	29
La complejidad es real... ..	30
... La confusión es provocada	32
Primer paso: distinguir entre Santa Sede y Estado Vaticano	34
Santa Sede: fijarse en el nivel de cada documento ...	37
El primer «Vaticano»: la casa de Pedro en Cafarnaúm	39
La Iglesia imperial: dieciséis siglos, y la resaca	41
Dos manuales falsos y dos verdaderos	43
Estamos volviendo a «la receta original»	44
El espíritu de la reforma: servir a los obispos	45
2. SANTA SEDE: LAS DOCE COLUMNAS	49
1. Cardenales y tribunales	51
2. Secretaría de Estado: la torre de control	54

ÍNDICE

3.	Departamentos de Evangelización y Obispos: el andamiaje	57
4.	Departamento de la Doctrina de la Fe (y la Disciplina)	59
5.	Departamento del Clero: los sacerdotes	61
6.	Departamento de la Vida Consagrada: los «voluntarios»	63
7.	Departamento de Laicos, Familia y Vida: la razón de ser de todo	65
8.	La Secretaría de Economía y las dos masas patrimoniales	66
9.	La Guardia Suiza y la Gendarmería Vaticana ..	72
10.	Nunciaturas: unidad con Roma y pulso del planeta	75
11.	El Sínodo de Obispos: «miniconcilios» por temas	78
12.	La basílica y la plaza de San Pedro: el Pueblo de Dios	82
3.	SANTA SEDE: LOS SIETE ARCOS	89
1.	Departamento de Comunicación: el mensaje	92
2.	Departamento de los Santos: Dios es Bondad	98
3.	Los Jardines y los Museos Vaticanos: Dios es Belleza	105
4.	La Biblioteca Vaticana y el archivo: Dios es Verdad ..	111
5.	Departamento de Desarrollo Humano Integral: la dignidad	117
6.	Departamento de Caridad del Papa: la ayuda	123
7.	Academias Pontificias y Universidades Pontificias: el análisis	133
4.	ESTADO VATICANO: EL MÁS PEQUEÑO DEL MUNDO	139
	Una monarquía absoluta y un <i>Governatorato</i>	141

ÍNDICE

Vivir de los Museos Vaticanos	142
El Observatorio Vaticano: mirar a los cielos	143
Un «banquito» de juguete: los escándalos del IOR ..	147
El Tribunal: los delincuentes, a la «celda»	155

SEGUNDA PARTE ¿CÓMO FUNCIONA?

5. PARA «VER» Y ENTENDER	165
Una casa de siete niveles: de las cloacas a la azo- tea	166
Un espacio «hexadimensional»	170
Los «pecados» de los periodistas	173
Consejos para corresponsales	175
Las «torturas» de los vaticanistas	178
Informar sobre religión: periodismo especializado ..	184
Un remolino de santos, burócratas y delincuentes ...	185
Cónclave: serenidad y dieta ligera	187
6. ¿DE QUÉ SE OCUPA EL PAPA?	191
Líder espiritual: la «energía» invisible	191
Referente de jefes de Estado	193
Viajero a las periferias	195
La unidad de los cristianos	197
La armonía de religiones y unidad de la familia humana	200
Promover la «paz justa» y olvidar la «guerra justa» ..	204
Cuidar la casa común: teología de la Creación	211
La Iglesia en el mañana: el «cambio de era»	217
Devolver el protagonismo a mujeres y laicos	224
¿Qué le roba el tiempo?	233

ÍNDICE

7. LA TEMPESTAD Y LA CALMA, CADA DÍA	237
Abusos sexuales: sin reparación no habrá paz	238
Dinero: o transparencia o podredumbre	240
Embates tecnológicos y biónicos	240
La alegría del Evangelio, la libertad interior	242
AGRADECIMIENTOS	245
ANEXO. Cronología del cristianismo: fechas clave	249
BIBLIOGRAFÍA	251
La trilogía básica sobre el Vaticano	251
Referencias	251
ÍNDICE TEMÁTICO	253

1

NO ES FÁCIL ACLARARSE

La primera vez que estuve en el Vaticano apenas presté atención a la parte «organizativa». Era la primavera de 1972 y había viajado a Roma para el encuentro de un millar largo de universitarios con el papa san Pablo VI durante la Semana Santa. No recuerdo nada de lo que nos dijo, pero sí —como si hubiera sido ayer— el ambiente de alegría desbordante. Cuando Pablo VI pasaba a mi lado, un grupo de chicas portuguesas se lanzaron a gritar «¡Fátima! ¡Fátima! ¡Fátima!» con el entusiasmo de un concierto *rock*. También recuerdo la basílica de San Pedro, quizá el más extraordinario lugar de culto a Dios en la superficie de la Tierra. Y el Vía Crucis del Viernes Santo con Pablo VI, desde el Coliseo hasta la colina del Palatino, pisando sobre las huellas de los primeros cristianos.

En definitiva, había percibido lo esencial: que el Papa es un padre, que los cristianos somos una familia y que nuestra mirada debe orientarse a Jesucristo. Me lo confirmaron otros encuentros similares en 1979 —la primera Semana Santa de san Juan Pablo II— y en 1980. Resultaba fascinante contemplar a un Papa joven y vigoroso, que algunos llamaban «el atleta de Dios».

LA COMPLEJIDAD ES REAL...

En cambio, al llegar a Roma como corresponsal en 1998, tuve que empezar a ocuparme diariamente de una complicada maquinaria administrativa, la Santa Sede, formada por sesenta y tantos organismos, y de un curioso miniestado, la Ciudad del Vaticano, que añadía otra veintena de departamentos. Eran como noventa árboles, muchos de ellos curiosos o exóticos pero que, en conjunto, presentaban dos inconvenientes serios. En primer lugar, que tanto árbol dificultaba ver el bosque. En segundo, que su propia variedad y complejidad internas impedían reflexionar sobre quién había plantado el bosque y, sobre todo, para qué.

En 1998 habían pasado ya treinta años desde que Pablo VI, el último Papa «coronado», vendiera su aparatosa triple corona de 4,5 kilos de peso —que se conserva como reliquia en Washington—, y destinara a misiones en África el millón de dólares reunido por católicos norteamericanos en suscripción popular.

Su breve sucesor, Juan Pablo I, fue el último Papa que utilizó la «silla gestatoria», un trono de origen egipcio —como los grandes abanicos acompañantes— llevado a hombros por ocho o doce *sediarri* según la espectacularidad de cada modelo.

Pablo VI había suprimido también la larguísima *capa magna* de los cardenales y muchos otros abalorios de corte absolutamente trasnochados. Pero en aquel Vaticano de 1998, a mi llegada a Roma, quedaban todavía demasiadas personas cuyo modo de actuar parecía decir: «Si no os hacéis como *principes*, no entraréis en el Reino de los Cielos». Olvidaban que la frase original de Jesús, dirigida precisamente a los apóstoles, era: «Si no os hacéis como *niños...*».

Esos aires de importancia al principio me desconcertaban, pero después me divertían, pues en mis etapas de corresponsal en Bruselas y Nueva York había entrevistado a secretarios

generales de la OTAN, del Consejo de Europa o de Naciones Unidas; a premios Nobel, científicos, o estrellas mundiales del espectáculo sin que nadie me hiciese notar su propia importancia. Ninguno me había pedido culto a su cargo, ni insistido en que utilizase cada vez el título de *eminenza* o *eccellenza*. Y nadie, desde luego —ni siquiera el comandante militar de la OTAN en Europa en un momento delicado de tensiones nucleares con la Unión Soviética—, me había pedido que le enviase las preguntas de antemano. Ni, todavía menos, que le enseñase el texto de la entrevista antes de publicarla.

Tres o cuatro vaticanistas veteranos, que fueron mis maestros, me aconsejaron aceptar la humillación de enviar de antemano tanto las preguntas como el texto de la entrevista siguiendo el proverbio latino: «Cuando estés en Roma, compórtate como un romano» (*Cum Romae fuerites, romano vivite more*). Era una de las primeras lecciones de *romanitá*, entendida no como universalidad, sino como una curiosa infiltración de italianidad en la catolicidad.

También me ayudó a «aterrizar», es decir, a poner «los pies en la tierra», un maestro de periodistas y portavoces: Joaquín Navarro-Valls, cuya memoria va unida inseparablemente a la de san Juan Pablo II, con quien trabajó como su «voz» nada menos que veinte años. Joaquín me vino a decir que el traslado de Nueva York a Roma sería como «aterrizar en un pedregal», y me aconsejó hacer acopio de toneladas de paciencia para afrontar la nueva situación sin perder la serenidad ni el buen humor.

A diferencia de otras organizaciones mundiales, que vivían al ritmo de «24 por 7» —es decir, 24 horas, 7 días a la semana— la Oficina de Prensa del Vaticano abría demasiado tarde para Sídney o Tokio, y cerraba todos los días implacablemente a las 15.00 horas. Que son las nueve de la mañana en Washing-

ton y Santiago de Chile, o las seis de la mañana en Los Ángeles. Mis compañeros norteamericanos lo pasaban mal cada vez que sus jefes les pedían que preguntasen algo al Vaticano. Tenían que decir que la Oficina de Prensa estaba cerrada por las tardes, una «excusa» muy difícil de creer. Y después, explicar que en la Curia no había contestadores automáticos ni correos electrónicos —por increíble que parezca, lo más «moderno» entonces era el fax—, que casi nadie tenía teléfono móvil y que, por supuesto, no se rebajarían de ninguna manera a dar el número a un periodista. Vivían cómodamente, aislados en lo alto de su castillo.

El desafío estaba servido. Quien llegue al Vaticano para hacer el trabajo de corresponsal tiene que dedicar al menos un año a estudiar el sistema organizativo, conocer mínimamente su pasado para poder entender su presente, leer centenares de documentos farragosos, asistir a conferencias de prensa interminables, acudir a docenas de recepciones en las embajadas ante la Santa Sede... Y, sobre todo, comer o cenar con cualquier funcionario vaticano de nivel intermedio que se ponga a tiro.

... LA CONFUSIÓN ES PROVOCADA

Aun así, al cabo de un par de años de esfuerzo por entender el sistema, el aprendiz de vaticanista sigue percibiendo confusión. Sencillamente, porque es provocada. Abundan los individuos «polisémicos», alérgicos a las frases unívocas, sin que falten especies más peligrosas como los intoxicadores.

La primera vez que me ofrecieron en exclusiva el *scoop* de la inminente apertura de relaciones diplomáticas con China estuve a punto de picar. Debía de ser en torno al año 2001. Después intentaron colocarme la tentadora «exclusiva» cada

cuatro o cinco años, más o menos. De haberla publicado, hubiera quedado como un tonto, manipulado por quienes querían utilizar esa falsa noticia en la prensa como baza negociadora con Pekín. De hecho, el primer acuerdo parcial con China no se alcanzó hasta 2018 y, aun siendo un paso casi «milagroso», se limitaba únicamente al procedimiento de selección de obispos.

A veces, la confusión proviene de mentes excesivamente burocráticas y legalistas que intentan explicar el Vaticano a través de las «gafas» del Derecho Canónico, olvidando otros factores más importantes. Es como intentar describir el amor familiar desde los artículos del Código Civil.

Una deformación visual frecuente la provocan los corresponsales extranjeros que dedican la mayor parte de su actividad a Italia y se acercan al Vaticano solo cuando sucede algún contratiempo. Bastantes «paracaidistas» intentan ver todo lo que sucede con las «gafas» de la crónica política, quizá lo único que conocen. El resultado es desastroso para lectores y espectadores.

Durante el pontificado del papa Francisco —en plena etapa de *Far West* de las redes sociales y los portales de información digital, plagados de *fake news*—, buena parte de la intoxicación era promovida por intereses económicos norteamericanos hostiles a sus enseñanzas sobre ecología, economía, paz o refugiados. Lo mismo hacían varias fundaciones conservadoras cercanas al Partido Republicano, y algunos supermillonarios que —con un orgullo simplista— se creían llamados a «orientar» la Iglesia.

Por motivos relacionados con las preferencias subconscientes del público —y eso tiene mal arreglo—, los medios de comunicación se centran demasiado en las noticias negativas, las polémicas y los choques. Con frecuencia no es culpa de los

periodistas de a pie, sino de los *managers* de las empresas periódicas, que presionan a favor de todo lo que mejore la cuenta de resultados del año, sin que les importe mucho amargar a las personas, ni la credibilidad del medio a largo plazo ni su papel en la sociedad.

Pero un corresponsal que informe solo de lo negativo, lo conflictivo y lo anómalo, o que exagere los riesgos de cada decisión del Papa, engaña al público. Sería algo así como un cronista deportivo que se limitase a contar una y otra vez las jugadas fallidas y nunca los goles.

El fraude alimentario provoca disfunciones intestinales. El fraude informativo, diarreas mentales. La primera vez es culpa del intoxicador, pero, si la adicción a beber agua sucia cuaja, hay una parte de culpa de la víctima.

PRIMER PASO: DISTINGUIR ENTRE SANTA SEDE Y ESTADO VATICANO

Un primer paso para evitar la confusión es distinguir bien entre la Santa Sede y el Estado Vaticano, dos criaturas muy distintas y que responden a lógicas diferentes. Ambos son sujetos de derecho público internacional y, por lo tanto, reconocidos por los Gobiernos y las organizaciones supranacionales como Naciones Unidas, la Unión Europea, etc.

En cambio, son entidades muy distintas en sus funciones. Las de la Santa Sede son doctrinales y de gobierno, desde una encíclica o una canonización hasta el nombramiento o cese de un obispo. En definitiva, las tareas religiosas.

Las del Estado Vaticano son logísticas, desde la distribución del correo o el cuidado de los jardines hasta el servicio de policía que realiza la Gendarmería Vaticana.

Un obispo que no predica con el ejemplo es un problema de la Santa Sede, mientras que un gendarme corrupto o una cañería atascada son problemas del Estado Vaticano, como lo serían de cualquier otro Estado, y forman parte de la normalidad. Cuando al comienzo de una información notemos que el periodista confunde los terrenos, es mejor no seguir perdiendo el tiempo.

Conviene cortar también inmediatamente cuando una información atribuye al Papa decisiones que están muy por debajo de su nivel de responsabilidad, al estilo de «El Santo Padre decide cambiar los enchufes de los Museos Vaticanos». Tiene el mismo sentido que si el presidente de la República Francesa lo decidiese para el Museo del Louvre. Son noticias «cebo» para aumentar el número de clics en páginas web, robando tiempo a personas poco cautas¹.

Tanto la Santa Sede como el Estado Vaticano tienen como jefe supremo al Papa, pero la Santa Sede se ocupa de ayudarlo a dirigir la Iglesia universal, mientras que el Estado Vaticano le proporciona un soporte geográfico y logístico, algo parecido a lo que los militares llaman base. Es decir, un terreno muy pequeño pero esencial para proyectar la acción a larga distancia.

Desde el punto de vista temático, la estructura de la Santa Sede se parece en algunos aspectos a una universidad, solo que con departamentos que se ocupan de la doctrina, la liturgia, la formación de los sacerdotes, etc., en lugar de facultades encargadas de enseñar filosofía, derecho o medicina.

El conjunto de organismos de la Santa Sede que ayudan al Papa en la tarea de pastor de la Iglesia universal y de las Igle-

¹ La mayoría de las páginas web cobran más por la publicidad cuanto mayor sea el número de visitas y de noticias abiertas —clicadas— por el público. De ahí el interés económico por los titulares engañosos.

sias locales se llama técnicamente «Curia romana», aunque a efectos periodísticos predomina la expresión «Curia vaticana». Se trata de los grandes departamentos que se encargan, por ejemplo, de la Evangelización, la Doctrina de la Fe o los Obispos, pero también los tribunales, los consejos pontificios, las academias pontificias, etc.

En el aspecto geográfico, la Iglesia universal está organizada en unas tres mil doscientas diócesis o estructuras similares, cuyo obispo o responsable² es nombrado por el Papa.

En cuanto a la normativa espiritual, la Santa Sede tiene sus propios tribunales que dictan sentencia en asuntos religiosos, desde la anulación de un matrimonio a la expulsión del sacerdocio de quienes se comporten de modo gravemente indigno, ya sean presbíteros, obispos o cardenales.

A estos tres aspectos se añade el diplomático, pues el organismo religioso, la Santa Sede, es quien recibe la acreditación de los embajadores, nombra a los nuncios apostólicos y firma concordatos con los Estados.

El Estado Ciudad del Vaticano —oficialmente llamado *Status Civitatis Vaticanae*— es, en cambio, un Estado soberano como los demás del planeta. Su «rasgo peculiar» consiste en ser el más pequeño del mundo, con una superficie de 0,44 kilómetros cuadrados. Para los aficionados a la geometría, algo menos de un cuadrado de setecientos metros de lado. No creo que haya en el mundo un municipio tan pequeño.

En la lista de miniestados, el segundo lugar corresponde al Principado de Mónaco, que, con solo dos kilómetros cuadrados, es ya cuatro veces más grande.

El Estado Vaticano es, por así decirlo, una mera plataforma, con su gendarmería, servicios técnicos, servicio sanitario,

² Puede ser también un exarca, un prelado, etc.

servicio de correos, un observatorio astronómico muy interesante... Su gran joya son los Museos Vaticanos, más de una docena, con tesoros únicos como la Capilla Sixtina. Este pequeño Estado cuenta con tribunales civiles y penales y, naturalmente, con calabozos³, que han tenido más de un huésped a partir del pontificado de Benedicto XVI.

La Secretaría de Estado, centro neurálgico de todo el sistema, lo es tanto de la Santa Sede como de la Ciudad del Vaticano. El secretario de Estado es, efectivamente, el «número dos» para todo —lo espiritual y lo material— en la colina del Vaticano. ¿Qué elemento predomina? Todavía no lo sé.

SANTA SEDE: FIJARSE EN EL NIVEL DE CADA DOCUMENTO

Para ganar claridad en medio de la jungla burocrática y la confusión mediática resulta clave observar muy bien, sobre todo en la Santa Sede, el rango —el nivel— de cada documento antes de ponerse a valorarlo o a comentarlo para el público en general.

Lo primero que hay que dejar bien claro es si el documento procede del Papa o tan solo de los organismos administrativos. Muchos titulares equívocos atribuyen al Papa documentos de rango jurídico inferior, algo así como atribuir al jefe de Estado o al primer ministro un reglamento emitido por un ministerio o una mera dirección general, por ejemplo.

En lo que de verdad procede del Papa, es muy importante distinguir los actos jurídicos de los meros discursos, o de intervenciones que ni siquiera lo son, como las conferencias de prensa o las entrevistas en medios de comunicación, que tie-

³ Se les llama «celdas».

nen un tono coloquial e improvisado⁴. También es fundamental saber encuadrar bien textos largos y relevantes, que suponen lectura obligada, pero no son magisterio de la Iglesia, sino solo opiniones personales.

Juan Pablo II inauguró la costumbre de publicar libros o libros-entrevista que reflejan la opinión de un Papa como experto, pero que deliberadamente no forman parte del magisterio pontificio, aunque sean auténticos tesoros, como, por ejemplo, el *Jesús de Nazaret* de Benedicto XVI. El mismo criterio se aplicó desde el principio a las jugosas homilías del papa Francisco —sin texto previo escrito— en la capilla de Casa Santa Marta.

El magisterio como tal empieza en las homilías públicas, sobre todo en ocasiones solemnes, los discursos formales, los mensajes y las cartas, para ir subiendo de rango en las exhortaciones apostólicas, cartas apostólicas, encíclicas o constituciones apostólicas. Son también oficiales los telegramas que se envían desde el avión papal a los jefes de Estado de los países sobrevolados, y también los mensajes del Papa en su cuenta oficial de Twitter.

En los párrafos anteriores ha salido a la luz nada menos que una docena de modos distintos de comunicar o de legislar, cada uno de los cuales debe ser valorado con el rango jurídico o teológico que realmente tiene. Ni por encima, ni por debajo.

⁴ Las conferencias de prensa en el vuelo de regreso de los viajes internacionales son encuentros de un Papa cansado con periodistas exhaustos. Suele haber errores en los datos, por las dos partes, debido al agotamiento físico. El tono es coloquial, por lo que el sentido auténtico de una frase lo da una sonrisa bromista o bien un gesto de dolor en el rostro del Papa, ante personas que conocen los temas. Las transcripciones escritas pueden inducir a error, y por eso no deben tomarse como si fueran encíclicas.

Otra fuente de confusión es citar una carta apostólica o una disposición normativa como *motu proprio*, cuando esa expresión significa tan solo que el documento en cuestión ha sido emanado «por propia iniciativa» del Papa, y no a propuesta de un organismo de la Curia, un Sínodo, etc., como sucede en muchos otros casos.

Como se leía en el título de este capítulo, «no es fácil aclararse». La buena noticia es que, con un poco de esfuerzo mental, no solo es posible, sino que resulta cada vez más sencillo a medida que se avanza. Y hay otro premio: una vez comprendido el organismo más enrevesado del planeta, entender cualquier otro es un juego de niños.

EL PRIMER «VATICANO»: LA CASA DE PEDRO EN CAFARNAÚM

Llegados a este punto, vale la pena hacer uno de los ejercicios más sanos: volver por un momento al punto de origen, hace dos mil años, para verificar si toda esta complejísima organización mantiene el rumbo correcto, conserva el espíritu genuino del Fundador y se dedica a la finalidad para la que fue creada.

Excepto en los meses tórridos del verano, cuando los adoquines de basalto negro la convierten en un horno, pasear por la plaza de San Pedro o, en caso de lluvia, bajo la columnata de Bernini, es una delicia. Los pasitos cortos de las palomas y su vuelo en bandadas realzan el encanto de la plaza. Desde el pontificado de Benedicto XVI hay cada vez más gaviotas, que a algunas personas les molestan, pero a mí me gustan por dos motivos. En primer lugar, porque me traen imágenes y sonidos de mi maravillosa infancia en las orillas gallegas del océano Atlántico. Pero, sobre todo, porque me «acercan» a Simón,

hijo de Juan, el pescador de Galilea escogido por Jesús, al que no solo cambió el nombre para asimilarlo a una roca, sino que le dijo, en riguroso singular delante de todos los apóstoles: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

En los años de su vida pública, Jesús de Nazaret era un rabino soltero e itinerante, que caminaba de ciudad en ciudad acompañado de hombres y mujeres felices de ayudarle en su tarea de enseñar. Tan solo con eso rompía ya tres convenciones de la época, pues los rabinos de referencia estaban casados, enseñaban generalmente en su casa, y solo a discípulos varones⁵.

El modo de establecer la relación con sus primeros seguidores era también revolucionario. Normalmente, los jóvenes con interés por la religión intercambiaban impresiones entre ellos, se acercaban a escuchar a diferentes rabinos y terminaban escogiendo a uno, a quien pedían ser su discípulo. Jesús, en cambio, camina por la orilla del lago Tiberíades, llama personalmente a pescadores que estaban trabajando —a Simón y su hermano Andrés, a Santiago y su hermano Juan— y provoca una respuesta instantánea: dejan lo que estaban haciendo y le siguen. Para irritación de algunos, cuando Jesús tomaba la palabra solía dejar de lado —o, a veces, contradecir frontalmente— normativas muy aceptadas pero que eran, casi siempre, incrustaciones erróneas añadidas a la ley de Moisés.

Su base de operaciones no estaba en Tiberíades, la «capital» del lago, sino en Cafarnaúm. Y precisamente en la casa de Simón Pedro, organizada quizá entonces por su suegra, pues

⁵ En un artículo sobre el sacerdocio publicado en 2020, el papa emérito Benedicto XVI escribió: «El movimiento que se había formado en torno a Jesús de Nazaret —al menos en el periodo prepascual— era un movimiento de laicos».

no se conservan menciones a su esposa. Aquel hogar era el primer «Vaticano», y ese estilo sencillo, familiar, sin vestimentas especiales se conservó hasta el siglo IV en que el emperador Constantino, probablemente por conveniencias políticas, comenzó a incorporar a los obispos a la corte imperial, facilitándoles residencias y escoltas de soldados cuando era necesario, y acostumbrándoles a ver el color púrpura —el color de la corte— como algo normal.

Constantino convocó el primer concilio general de la historia, celebrado en Nicea el año 325, se aseguró de que se zanjase la controversia iniciada por el presbítero Arrio y ordenó la pena de exilio para quien no aceptase las decisiones conciliares. Comenzaba la desastrosa mezcla de religión y política. Era el primer hachazo a la libertad religiosa.

LA IGLESIA IMPERIAL: DIECISÉIS SIGLOS, Y LA RESACA

En solo dos generaciones menudeaban ya los obispos con cierta mentalidad de «príncipes», las intrigas cortesanas y el uso de la autoridad imperial en asuntos religiosos, hasta llegar al proceso por herejía y la decapitación de Prisciliano, un obispo de Gallaecia⁶, en la corte de Tréveris en el año 385. La mayoría de los obispos, incluido el de Roma, se opusieron, lógicamente, a esa aberración: no se puede matar a nadie por sus opiniones religiosas, por muy erróneas que sean. Es, sen-

⁶ Gallaecia era el nombre que los romanos daban al noroeste de la península Ibérica hasta el *Finis Terrae*, considerado el fin del mundo. Incluía Galicia, Asturias, parte de León y el norte de Portugal. Sus principales ciudades eran Lucus Augusta (Lugo), Astúrica Augusta (Astorga) y Brácaro Augusta (Braga).

cillamente, anticristiano. En el Gran Jubileo del Año 2000, Juan Pablo II pediría perdón en una solemne ceremonia en la basílica de San Pedro por el recurso a «métodos no evangélicos» y rezaría para que «sepamos imitar al Señor Jesús, manso y humilde de corazón».

A mi llegada a Roma descubrí la expresión «Iglesia imperial» gracias a un consejo muy valioso de mis mejores «maestros», dos entrañables vaticanistas italianos. Luigi Accattoli y Orazio Petrosillo me insistieron en que prestase mucha atención al cardenal Joseph Ratzinger, que llevaba ya dieciséis años como prefecto de la Doctrina de la Fe y era, con gran diferencia, el principal colaborador de Juan Pablo II.

Ratzinger utilizaba esa expresión con relativa frecuencia para referirse a la anomalía creada por la protección —y consiguiente control— de los emperadores sobre la Iglesia, que a su vez les proporcionaba una legitimación, o al menos un aura de legitimación religiosa, muy conveniente para su liderazgo político. Un mecanismo que todavía perdura hoy en muchos países de mayoría ortodoxa y que imitan —en plan populista— algunos líderes de países protestantes.

Los historiadores señalan que la embriaguez de la «Iglesia imperial» duró nada menos que dieciséis siglos, con épocas de apogeo durante el milenio de los Estados Pontificios (del 751 al 1870) en la península italiana, donde el Papa era a la vez el rey. Además de escandalizar a las Iglesias orientales, separadas de Roma desde 1054, el sistema del «Papa Rey» originaba vergonzosas luchas por el poder entre las familias nobles italianas, dando lugar a un gran número de intrigas, asesinatos y Papas indignos⁷. Por otra parte, desnaturalizaba la relación de los

⁷ El llamado «Siglo de Hierro» del pontificado fue una etapa lamentable, que empezó a solucionar Enrique III de Alemania a partir de 1039

fieles con el sucesor de Pedro, y hacía casi imposible que este pudiera concentrarse plenamente en su tarea espiritual.

La caída de los Estados Pontificios puso fin a esa anomalía, pero sus secuelas psicológicas no están, por desgracia, completamente superadas.

DOS MANUALES FALSOS Y DOS VERDADEROS

Sin que figure en ninguna parte como norma escrita, la Curia vaticana lleva los dos últimos siglos orientándose instintivamente por dos «manuales». Para los asuntos de ceremonias, protocolo, etc., el de Versalles: todo muy vistoso y elegante. Para la administración interna, el del Imperio austro-húngaro: una maquinaria administrativa lenta pero eficaz, que terminaba tomando decisiones según los reglamentos y dejando constancia de ellas.

Esa rutina mental sufrió un fuerte *shock* con la llegada del papa Francisco. A bastantes miembros de la Curia no les gustaba su estilo sencillo y familiar, cercano a la gente, que dejaba en evidencia, por contraste, la altivez y lejanía de otros. Muchas de sus decisiones prácticas les desconcertaban. Al cabo de poco tiempo quedó claro que Francisco se guiaba por otros dos «manuales», los verdaderos. Y que leyéndolos con atención era muy fácil predecir las reacciones y las decisiones del primer Papa americano. Eran los Evangelios y los *Hechos de los Apóstoles*.

En los Evangelios se puede ver tanto el trato de Jesús con hombres y mujeres de a pie —que nadie discutía—, como sus relaciones —duramente criticadas— con enfermos de lepra,

nombrando Papa a obispos alemanes dignos. Los celos de los eclesiásticos italianos frente a los alemanes siguen vivos al cabo de mil años.

samaritanos, cananeos o recaudadores de impuestos. Y su modo de «lidiar» con fariseos rigoristas, escribas autoencumbrados y saduceos oportunistas que politizaban todo. También se ve la relación de Jesús con su madre, María, con los discípulos y discípulas, con los apóstoles y, sobre todo, la relación con su Padre y con el Espíritu Santo.

A su vez, los *Hechos de los Apóstoles* relatan la vida de la primera comunidad cristiana en Jerusalén, una parte de la actividad de Pedro, la de Pablo con mayor extensión y, sobre todo, la actividad habitual —a veces desconcertante— del «protagonista» clave, que es el Espíritu Santo.

ESTAMOS VOLVIENDO A «LA RECETA ORIGINAL»

Se podría decir que desde el Concilio Vaticano II (1962-1965) estamos volviendo, aunque lentamente, a la «receta original». Se trata del retorno a fundamentos básicos, como valorar la vocación apostólica de todos los fieles, entender la Iglesia como Pueblo de Dios en lugar de como estructura organizativa eclesiástica, recuperar la relación fraternal con las demás confesiones cristianas y con nuestros «hermanos predilectos» judíos, o redescubrir la libertad religiosa.

En la clausura de aquella asamblea, nadie podía imaginar que esas indicaciones, en su mayor parte evidentes, serían objeto de polémicas interminables y tardarían muchas décadas en entrar trabajosamente en la cabeza y en la vida de muchos pastores y de los fieles. Las enseñanzas del Concilio han encontrado resistencias incluso en la Curia vaticana, pero el esfuerzo continuado de grandes Papas, como san Pablo VI, san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco, ha derribado la mayoría de los obstáculos.

EL ESPÍRITU DE LA REFORMA: SERVIR A LOS OBISPOS

Desde el comienzo de su pontificado, el papa Francisco dedicó nada menos que siete años a preparar, con un consejo internacional de nueve cardenales, una nueva constitución apostólica para simplificar y modernizar la Curia vaticana. Comenzando por su propio título, *Praedicate Evangelium*, aspiraba a centrar la actividad del Vaticano en el mandato de Jesús a los apóstoles: «Predicad el Evangelio». Este punto de partida permitía, de modo natural, no solo simplificar el organigrama, sino cambiar la posición relativa de algunas piezas.

El eje central y cruce de todos los caminos continuaba siendo la Secretaría de Estado, pero en la lista de departamentos (llamados «dicasterios»⁸) el objetivo era dar el primer lugar al de Evangelización, seguido del de Doctrina de la Fe, y después todos los demás, con notorio relieve de los dedicados al servicio y a la caridad, elementos fundamentales en el ADN del cristianismo.

En la línea marcada por el decreto *Christus Dominus* del Concilio Vaticano II, pero que no había sido recibida en el Código de Derecho Canónico, la Curia vaticana se constituía como un organismo de servicio no solo al Papa, sino también a los obispos locales al frente de una diócesis, llamados «ordinarios». Los principios de colegialidad episcopal, de sinodalidad —que los obispos escuchen al Pueblo de Dios para «caminar juntos»— y de subsidiaridad —asignar la toma de cada decisión al nivel jerárquico más bajo posible, en lugar del más alto— pasaban a ser ejes fundamentales de una estructura lla-

⁸ El Vaticano se aferra a expresiones avejentadas que mantienen la continuidad con el pasado, pero que dificultan la comunicación y la sintonía con las personas del presente.

mada a olvidarse de sí misma para concentrar sus energías en ayudar al Papa y a todos los obispos.

El giro hacia la prioridad pastoral —en la línea de Jesucristo, Buen Pastor—, centrada en el frente y no en la retaguardia, incluía requerir cuatro años de experiencia pastoral directa —es decir, de atención a las almas— para cualquier nombramiento en la Curia vaticana, dejando fuera a personas cuya única experiencia fuese académica o administrativa, campos muy respetables, pero insuficientes para el tipo de servicio que debe ser central.

En la misma línea, *Praedicate Evangelium* proyectaba que los mandatos fuesen de cinco años y se limitasen a dos consecutivos, de modo que a los diez años, salvo casos excepcionales, todo sacerdote y obispo vuelva a su país de origen, descartando de antemano el «carrerismo» en la Curia vaticana.

Deseaba reforzar también la línea de incluir a más mujeres y más laicos en general en puestos de responsabilidad de la Curia, un antídoto y una vacuna frente al «clericalismo», la vieja enfermedad consistente en dar excesivo protagonismo a los clérigos, tanto en los asuntos de la Iglesia como incluso de la sociedad civil en algunos países. Llegó a ser un vicio tan arraigado que numerosos laicos ni siquiera lo percibían como tal. El objetivo era traer al Vaticano tan solo a clérigos con experiencia de almas y sin afán de «hacer carrera». Para un periodo de tiempo determinado, no para toda la vida. Y, al mismo tiempo, aumentar la presencia de laicos, incorporando la actitud práctica y la amplia experiencia profesional de tantos hombres y mujeres.

Era un nuevo paso en el camino de «normalización» indicado por Juan Pablo II al nombrar a una profesora de Derecho de la Universidad de Harvard, Mary Ann Glendon, delegada del Vaticano en la cumbre de Naciones Unidas sobre la

mujer en Pekín en 1995 y, posteriormente, presidenta de la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales en 2004.

Benedicto XVI, a su vez, incorporó las primeras teólogas a la Comisión Teológica Internacional y nombró a varias mujeres de gran valía —religiosas y laicas— para cargos intermedios de la Curia.

Su sucesor, Francisco, nombró a las primeras rectoras de universidades pontificias, las primeras consultoras en la Congregación para la Doctrina de la Fe, las primeras miembros de la Congregación de Vida Consagrada y la primera viceportavoz de un Papa, la periodista radiofónica española Paloma García Ovejero.

Como veremos con más detalle en el capítulo sexto, la participación de las mujeres en la tarea evangelizadora junto con Jesús y los apóstoles volvía a ser normal en torno al sucesor de Pedro.